



GALERIA CÓMICA
 FOTOGRAFÍAS SIN RETOQUES
 EL NIÑO PRODIGIO



*B. Ferrer de
 medicina*

AÑO II
 N.º 89
 Noviembre 10 de 1895
 PRECIOS SUSCRICION

MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS
 Un mes \$ 1.00
 Seis meses " 5.00
 Un año " 9.00

EXTERIOR
 Los mismos precios en moneda equiva-
 lente con el aumento del franco.
 Número corriente 30 centesimos + Número atrasado 40 centesimos

SE VENDE EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
 SE PUBLICA LOS DOMINGOS
 Oficinas Provisorias: CALLE URUGUAY, 301
 MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON; CERRO, 57

Niño prodigio le llaman,
 con muchísima razón,
 que el chico es de esos que son
 portentos desde que maman.
 Gastaba ya (dato cierto)
 á las quince primaveras
 tal bigote, que, de veras
 asustara al mismo Humberto.

¡Claro! Al verle así han querido
 dudar de su tierna edad (1)
 algunos... ¡Habrà maldad!
 ¡No es grande, nó! ¡es que es crecido!
 Y luego; el vulgo envidioso
 ¿no vé, al juzgar sin reparo,
 que se halla ante un caso raro?
 ¡Por algo es él prodigioso!

Tan grande es su erudición
 que dentro ya no le cabe,
 y no sabe lo que sabe,
 tanto sabe este varón
 que, rápido como el rayo
 que luz en torno derrama,
 marcha ya á apagar la fama
 de Menéndez y Pelayo.

Siete tomos, si me es fiel
 la memoria, escritos lleva
 de su erudición en prueba,
 mas, sólo dos ha escrito él.
 ¿Que es este un caso curioso
 que bien claro no se explica?
 Pues esto más certifica
 que es el niño prodigioso!

Agregad á lo ya oído
 para dar al cuento fin,
 que es el tierno Benjamín
 del católico partido.
 Y decid si es atrevido
 dudar de su tierna edad (1)
 al ver tal precocidad
 y al verle así tan crecido.

(1) Veintidos Abriles á pesar de su celebridad. ¡El lo ha dicho! Y lo dice siempre.

(1) Veintidos Abriles á pesar de su celebridad. ¡El lo ha dicho! Y lo dice siempre.

SUMARIO

TEXTO—«Zig Zag», por Arturo Giménez Pastor.—«Correspondencia del porvenir», por Dorritz.—«Para Ellas», por Alina Doré.—«Monólogo: La tempestad», por Z. J. Arlas.—«Epigramas», por X.—«Un día de campo», por Juan Pérez Zúñiga.—«Menuencias»,—«¡Duelistas!...», por Otto Miguel Cione.

GRABADOS—«Galería cómica» (Fotografías sin retoques): El niño prodigio—Monseñor Luis Lassagna—«Para Ellas»: Señorita Elvira Ximénez, por Aurelio Giménez.—«Confusión y anexos», por Wimplaine II—y varios intercalados en el texto, por Aurelio Giménez.



Fué cuestión de cuatro palabras.

Porque los telegramas cuestan caros y no era cosa de experimentar dos pérdidas al mismo tiempo.

Todo el mundo se echó á comentar la noticia con ganas y con desolación atrasada. Algunos llorando á moco y baba y otros á baba pura.

—¿Sí? decían unos.

—¡Sí! contestaban otros descuajeringándose con supremo desaliento.

—¡Crímen, indudablemente! murmuraban algunos con aire siniestro y sed de sangre y de caña con limonada.

Y la noticia corría de boca en boca y de una boca pasaba á la otra, lo cual no deja de ser una porquería.

—¡El! jemía uno con aire de borrego decepcionado.

—¡El! rujía otro con aspecto de búfalo penderciero.

La efervescencia aumentaba en todos los pechos; algunos á fuerza de hablar tenían ya un catarro patriótico y otros hasta ganas de comer, de pura rabia.

Al encontrarse dos se precipitaban uno contra otro besándose con chuchos de deleite doloroso las narices, y exclamando con gritos locos ó cuando menos maniáticos:

—¡Qué hay!?

—Que me has pisado brutalmente.

—No; ¿qué hay de él?

—¡Nada!

—¡Ni el polvo ya!

—No, hombre, nada de nuevo.

Y se estrujaban las manos descaradamente.

¡Qué espectáculo!

Era menester que yo me enterara de ello. Me acerqué á un joven que tenía por lo menos un baul de desesperación en el alma y dos granos en la frente.

—Joven, le dije—¿Es muy grave lo que ocurre? Les veo á ustedes aflijidos....

—Yo estoy opa de tristeza.

—¡Ah! Opa melancólico.

—Eso es.

—Debe ser grave el motivo...

—¡Pues! Ha muerto él!

—¿El?



DE FOTOGRAFIA DE J. VIGOUROUX

MONSEÑOR LUIS LASSAGNA

† EL 6 DE NOVIEMBRE DE 1895

Basta el nombre del padre Lassagna para manifestar cuánto se ha perdido con su trágica y repentina muerte.

Sacerdote tolerante, misionero celoso, educacionista carifiosísimo, religioso convencido, el Uruguay, con el Colegio Pío que él fundó, con los hombres

de provecho, de honor, de condiciones morales é instrucción sólida que ha dado á los cargos públicos y á las familias honestas, conservará siempre recuerdo de su benéfica actividad.

Toda una generación de discípulos afectuosos, toda una sociedad cariñosa, todos los hombres de corazón justo lamentan sinceramente la muerte del virtuoso prelado, que ruda y repentinamente ha venido á sorprender á cofrades y adversarios unidos en el común homenaje de respeto al mérito.

Nos asociamos lealmente al duelo de todos.

—El héroe.

—¿Callorda?

—¡Qué Callorda! El héroe de la lejión. El; ¡Don Abdón!

Quedé sobrecojido de horror épico.

¡Don Abdón fallecido lejos del campo de batalla soñado! ¡No podía ser! Pues no señor. ¡No podía ser!

Hube de convencerme; todos lo aseguraban allí, á la puerta del Club Salvañach.

—Es cosa del Gobierno, vociferaba un socio hidrófobo con instintos comerciales. ¡Vaya si es cosa del Gobierno! Don Abdón morir de ese modo, como un perro afectado del ventriculo!... Qué!

Don Abdón había fallecido ultimado bárbaramente por un aneurisma.

—¡Pero hombre, le dije yo al que vociferaba—una vez enterado de la causa de la defunción heróica. ¿Como atribuye usted al Gobierno una muerte producida por tal causa?

—Pues claro; si ya está visto; quieren concluir con nosotros.

—¡Cómo! ¿usted también padece...?

—No padezco de nada! Qué ¿quiere usted que padezca? ¿Que yo padezco? ¿Ha dicho usted eso?

—No, hombre no, usted decía...

—Que quieren concluir con los blancos, y es cierto. ¡Claro! Como el balazo á Butler metió demasiado ruido, recurrieron á otro medio para concluir con él, con Abdón, y le han echado encima un aneurisma.

—Entonces usted cree que á don Abdón le han hecho blanco de...

—No le han hecho blanco nunca! El nació blanco.

—Sí, ya; pero le han hecho objeto de iras partidistas ¿eh?

—No me cabe duda. Y cualquier día, ya lo verá usted, va á caer Acevedo Díaz.

—¿También?

—Oh! No los conoce usted. De fiijo que ya está en la mano criminal el aneurisma que ha de concluir con él.

Y fuese.

Por supuesto, con estas cosas todo el par-

ido blanco se creyó amenazado, perseguido y sentenciado á muerte vil.

Don Juon Tenorio Gómez, un señor entregado en cuerpo y alma á la política y á las funciones de Montefusco, llegó esa noche alarmadísimo á su casa.

Su esposa, al darle el beso de costumbre en la papada, notando su nerviosidad, le dijo con zozobra:

—Pero ¿qué tienes, Tenorio?

—Nada; contestó él revolviendo con ansiedad dos ojos como dos huevos de avestruz con gafas, que le ha dado la pródiga Natura. Siento una inquietud....

—Te pondré un parche poroso en el ombligo ¿eh?...

—¿Qué! ¿Te figuras que me curo yo como los perros, con un parche de cerote?

—Pero entonces...

—Dame un poco de tripa gorda. De la que guardaste de la comida de hoy; eso me reconfortará.

—¡Pero qué tienes, por Dios, Juan Tenorio! Y él con voz de conspirador indijestado, le dijo:

—¡Me siguen!

—¿Eh?

—Sí; tú sabes que yo soy blanco; pues bien: los blancos estamos amenazados de muerte, agregó echándose á comer la tripa gorda que acababa de servirle su mujer. Ya ves lo que le ha ocurrido á él, á don Abdón. Pues esta noche al volver del Club me han seguido.

—¿Quién?

—Primero fué un perro que se echó tras de mí; un perro sospechoso. Un perro herrestista, sin lugar á duda.

—¿Pero cómo has conocido que es herrestista?

—Porque tenía las uñas muy largas; le resonaban en el pavimento. Despues fué un lotero que se empeñó en perseguirme, ofreciéndome la suerte. ¡Se me erizaron hasta los pelos de la espina dorsal! Yo debía parecer un felpudo aterrorizado!

—Pero ¿porqué? Que malo hay en que te ofrezca la suerte?

—Es que á mí se me figuró que me ofrecía la muerte.

Y Don Tenorio, bañados en copiosísimo sudor el rostro y la tripa, continuó diciendo:

—Creo que voy á morir como el heroe; de un aneurisma crónico.

—Pero hombre; haz de tripas corazón....

Don Tenorio que se la ha comido toda replica furioso:

—Bien ves que no me queda tripa para nada. Y luego; que si así hiciera, con dos corazones ganaría dos aneurismas; y eso es demasiado para una persona decente.

En este estado de la conversación, empezaron á resonar los cohetes y bombas con que festejaba el Club Salvañach la resurrección de don Abdón.

Don Tenorio se prendió nerviosamente de una oreja de su esposa y estuvo á punto de desvanecerse sobre la criada.

No era para menos. Aquellos condenados socios metían un estruendo infernal.

Aquella de bombas y petardos duró más de una hora.

La jente acudió y se supo la verdad. *El vivía!*

—De modo—decía un señor á un vecino del Club—de modo que no le ha reventado el corazón al heroe? ¿Que no hay nada reventado?

—Si señor, contestó el otro. Todos los vecinos tenemos los oídos completamente reventados.

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR.

Correspondencia del Porvenir

Cartas que se escribirán si las leyes que nos rigen continúan como están.

I

Muy señor mío y ladrón:

Si es cierto que, al fin, usted ha confesado que fué

el que me robó un millón,

¿tendría usted la bondad

de darme ¡oh noble bandido!

cincuenta pesos?... ¡Los pido

con mucha necesidad!

¡No hay nadie más desgraciado!

Tengo hijos, tengo mujer...

¿Cómo darles de comer



si usted me dejó arruinado?
¿Que si no hallo algún amigo
que alivie, noble, mi mal?
¡Desde que estoy sin un real
nadie se trata conmigo!
Parte, pues, de lo robado
devuelva, por compasión
á quien es, señor ladrón,
de usted atento

Juan Hurtado.

II

Muy señor mío y robado:
Como me absolvió el Supremo
y por tanto ya no temo
confesar mi gran pecado,
he dicho, efectivamente
que robé á usted el millonejo...
¡y no le robé el pellejo
porque soy hombre prudentel
No puedo darle ni un real,
pero duerma usted tranquilo:
no le faltará un asilo
y si enferma, un hospital
donde encontrar pueda usted
gran alivio á su indigencia...
¡Como ahora tengo influencia,
yo le recomendaré!
Olvide usted el atraco,
tenga usted resignación
y mande á su fiel ladrón
cuando guste,

Dimas Caco.

DORRITZ.



Por hoy me limito, mis lectoras, á recomendarles una miradita para el retrato de Elvira Ximenes que tiene el doble atractivo de presentar en una placa bonita una cara más bonita.

CONFUSION Y ANEXOS



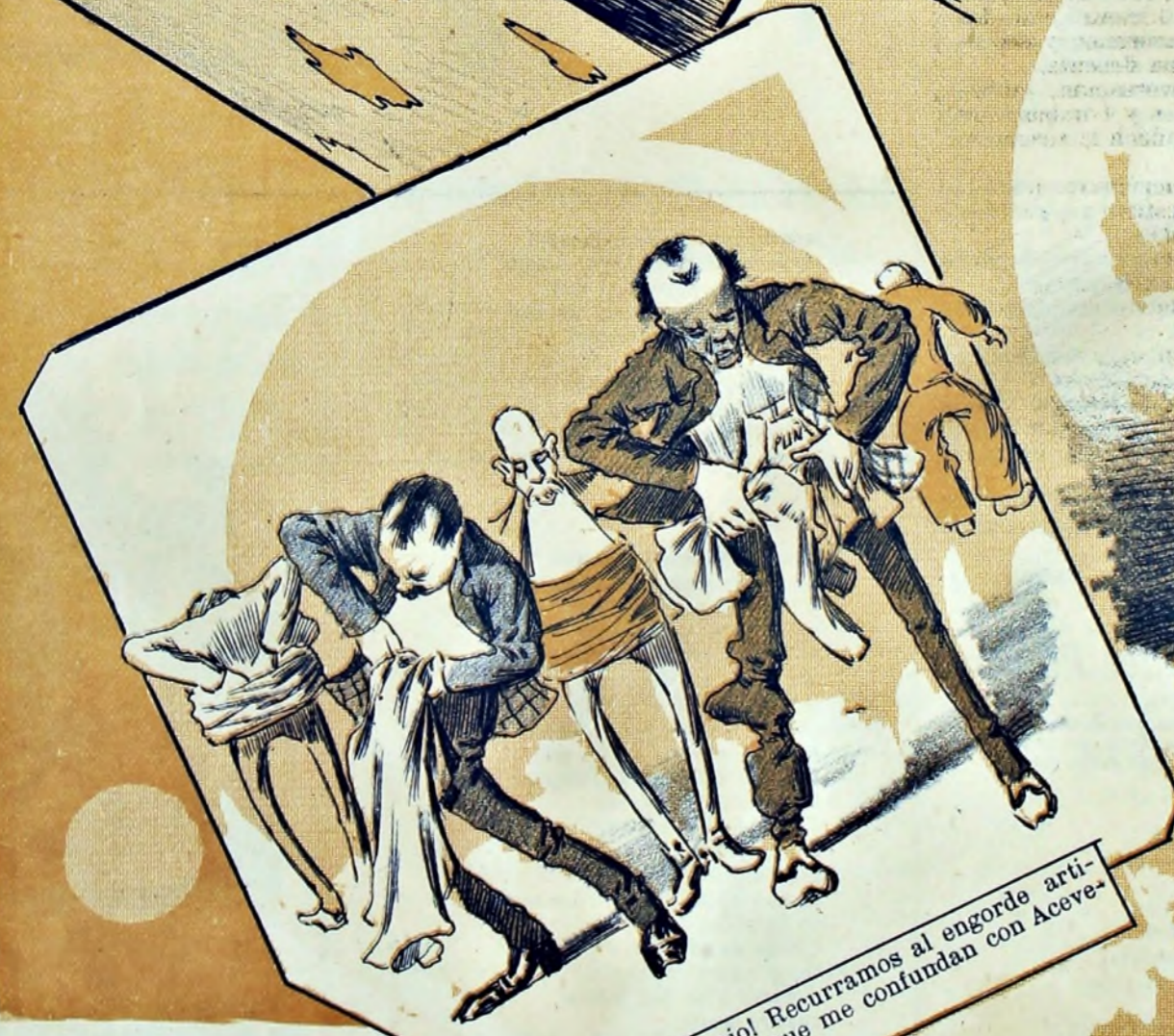
—Por más que yo me llamo de adevaras Santos Arribo, vaya a ser que me confundan por el color, con el otro! Procoremos un modesto blanqueo.



—Cré nom! ¿Il n'est pas possible que me confundan con le grand apoleon?



—Disculpe Vd. señor. Iba á dispararle á Vd. un tiro confundiéndolo con Batlle y Ordoñez!



—¡Demonio! Recurramos al engorde artificial. No sea que me confundan con Acevedo Díaz!



Ante esta clase de confusiones es muy prudente (y de este modo para la gente) tomar desde ahora las precauciones.



—¡Será posible! Pues por poco se ha ganado usted un balazo! Como que lo confundí con Acevedo Díaz.

Wimplaine II

Y tómese al pié de la letra, que ya es sabido que entre nosotras no hay piropos.

Después de hecho esto, lean ustedes el artículo que una nueva colaboradora me remite

Segura estoy de que ha de gustarles. Quizá, quizá es un poquito ampuloso, pero muy enérgico y muy apreciable promesa de otros mejores.

Y aquí da fin mi tarea de hoy, por dicha de ustedes.

Hasta el domingo pues.

ALINA DORÉ.

MONÓLOGO

LA TEMPESTAD

Soy el génio de lo desconocido! soy el fantasma fúnebre precursor de la muerte; soy el espectro que envuelvo en fatídico sudario, en sombras intensas el alma de los que se atreven á surcar los antros profundos del mar. ¿Me conocéis? Sabéis cómo me llamo? ¡La tempestad! negra, avasalladora, rugiente; terror de los navegantes, anatema de los pescadores!—Mi origen empieza allí, donde las nubes ténues forman manto azulado que todo lo engrandece y hermosea—donde los cirrus semejantes á copos de algodón extienden su blancura—donde los cúmulos—gigantescas montañas con sus bordes recamados de brillantes y su centro indefinido como la niebla me recuerdan las visiones que llenan el alma del proscrito que sueña con volver en día no lejano al suelo de la patria.—Allí empiezo á formarme—un nimbo me mece arrogante.—Allí extendió mi poder onnimodo y me inició primero con rachas fugitivas, con hálitos de fuego que cruzan el espacio con brillazones instantáneas.

Después retumba mi trueno como la voz de Dios en las alturas—desato la lluvia en forma de siniestra catarata y sigo con impetu soberbio mi devastadora misión; atravieso los océanos infinitos—hago rugir de cólera las riberas al choque furibundo de gigantes olas semejantes á moles de granito y me encarnizo más y más con los fuertes y con los débiles—con la montaña de asiento inconvencible y con la lancha pescadora que á merced de mi furia sufre resignada pero no desmaya en su desgracia y sigue su destino guiada por el experto lobo de mar connaturalizado con la lucha del líquido elemento pero que ahora tiembla ante el peligro porque lo cree inminente, que ahora mudo y frío y tembloroso, devora los espacios con mirada torva—penetrante—investigadora—creyendo que va á abrirse ante sus piés fúnebre mortaja que ha de sustraerlo para siempre al amor de los suyos, y se horroriza al contemplar la inmensidad del cielo arriba y la inmensidad del mar abajo.—Ya la esperanza—ese don del cielo—esa llama celeste que fortalece al hombre—que lo alienta en la adversidad—que le dá valor en la desgracia, le abandona.—Ya no puede pensar más, no puede recordar las dichas de días lejanos—no puede acariciar venturas para el porvenir; porque yo—más terrible que nunca he volcado su nave—he paralizado sus miembros y he hecho exhalar á su pecho el postrer suspiro—suspiro que envuelve un adiós infinito para su hogar querido.

Yo soy la destrucción—la ruina—el llanto. Todos me temen—todos me respetan—y el hombre, con su poderoso imperio sobre los demás seres, no ha edificado murallas insalvables, no ha inventado nada que pueda poner freno á mis ímpetus desastrosos. Pero hay algo más terrible que yo—algo más sombrío y más asolador: las borrascas silenciosas que se levantan en el alma del desesperado—del enloquecido por el dolor y por la angustia; vientos desencadenados que despedazan y pulverizan por intervalos todas sus energías morales.—Mas mientras yo estremezco al mundo con las voces horribles de mis truenos; mientras rujo violenta cuando batallo—formando remolinos en las crestas de las montañas y revolviendo los fondos del mar en busca de víctimas que inmolar, las tempestades del alma callan de pronto—se apaciguan—se calman.—¿Cuál es el poder que las aplaca, siendo más recias que yo?—¡La Religión! la fe inmortal—la que tiene una palabra de inspiración divina para el pobre, para el desvalido, para el huérfano, para el que implora la caridad, para el que agobia el pesar, para el que cae en la batalla—¡La Religión!—llama luminosa—puerto seguro, sobre todos los sufrimientos, sobre todos los desencantos, sobre todas las adversidades.

Yo estremezco la granítica montaña, sublevo el mar inmenso y lleno de ruidos terroríficos el espacio y nada me contiene. Más grandes—más impetuosas—más voraces que yo, las tormentas del alma se aplacan y desvanecen ante un solo sér—lleno de mansedumbre—lleno de ternura—lleno de amor—Jesús!!—

No filosoféis más—grandes sabios. Mi reinado es

eterno—mi poder incontrastable—mis víctimas la tierra y el mar—y mi lecho lo infinito—lo etéreo—lo que se aproxima á Dios—Vengo desde muy alto y hasta mi no alcanzan las iras terrenales—ni las pasiones mezquinas!

Z. J. ARLAS.

Montevideo, Octubre 31 de 1895.



El señor don Blas Lucerna

dijo al cochero una noche:

—Prepara al momento el coche

que vamos á La Taberna.

Y al montar en la berlina

le dijo éste con temor:

—¿Vamos á la de la esquina,

ó á la de Pola, señor?

ADIVINANZA

—¿A que no adivina usted qué animal hay, que no vuela, que empiece el nombre con L y que termine con T?

¿No lo adivina? ¡Adelante!

¡Piense usted un poco, amigo!

¿No lo acierta?... ¿Se lo digo?...

¡Pues es fácil! Elefante.

X.



Un día de campo

Mi amigo don Lesmes Trapatiesta conocía mis aficiones al campo, y no vaciló en proporcionarme un día de solaz en su casita de Valdetabarra. ¡Cuántas gracias le dí por su galante invitación!

Verdad es que el día designado para ir allá tuve que faltar, no sólo á la oficina, sino—á una cita que me había dado Pepita la Chalequera, por cuyos pedazos estaba yo si fallezco si no fallezco. Pero no era cosa de hacer un desaire á don Lesmes, ni renunciar á los goces campestres con que me brindaba.

El viaje, si bien fué bastante molesto, me costó bastante caro. Y no cuento el regalo que tuve que llevar á doña Marta, la esposa de Trapatiesta, sin cuyo requisito jamás me hubiera yo presentado en Valdetabarra.

Dicen que cuesta poco el quedar bien; pero á mi me costó diez reales el abanico que llevé á doña Marta, la cual acogió, por cierto, mi regalo con una frialdad impropia de las circunstancias.

Estas circunstancias eran cuarenta grados sobre cero.

Molido y quebrantado llegué á casa de mis amigos, quienes me recibieron con los brazos abiertos y los balcones entornados.

—Juanito, vamos á tratarle á usted con entera confianza—me dijeron á dúo, mientras yo me limpiaba el sudor.

—Eso es lo que á mí me gusta—contesté, maldiciendo para mis entretelas la poca esplendidez de don Lesmes.

—¿Quiere usted ver la casa?

—Vamos allá.

Conducido de la mano (pues no se veía ni gota) recorrí aposentos, subí escaleras, crucé pasillos é hice creer á sus dueños que todo aquello me encantaba.

—Tenemos cerradas las ventanas por causa de las moscas, ¿sabe usted?—me decía doña Marta.

—Muy bien hecho—respondía yo.—Así no es posible verlas, por muchas que haya.

—Cuidado con tropezar ¿eh?—añadía don Lesmes.—Aquí hay un pellejo de aceite; no se recueste usted en él... Ahora dé usted un salto, porque ese aturdido de Pepe se ha dejado la albarda al pie de la escalera... Ajajá... Bueno; ahora vamos al jardín.

Éste se halla constituido por una higuera que no produce más que orugas, cuatro acacias escrofulosas y unas cuantas lechugas de tamaño natural, completándolo un estanque de ladrillo y una bomba de palanca, colocada sobre un pozo tan hondo como mis penas.

—¿Conoce usted este sistema de bombas?—me dijo don Lesmes.

—¿Qué sistema es?

—Remington puro. Pruebe usted y verá qué suavidad. Mi mujer se entretiene muchos ratos en darle á la bomba. ¡Así está ella de fuerte!

—¿La bomba?

—No, señor, Marta. Pero ¿qué hace usted que no le da unos cuantos golpes?

—¿A Marta?

—No, á la bomba. No sea usted flojo, hombre, que este ejercicio es muy saludable... Vamos, otro poquito.

El poquito fué que me tuvieron sacando agua hora y media; que les llené el estanque... y que aun me dura el hormigueo en los brazos.

—¡Bravo!—me dijo don Lesmes.—Es usted un valiente.

—¿Y á qué hora comen ustedes aquí—pregunté yo.

—Según se terciá—respondió doña Marta.—Como nos gusta comer en el jardín, solemos esperar á la caída de la tarde. Pero hoy comeremos dentro de la casa en honor á usted.

—Mil gracias, señora. ¡Cómo podré yo corresponder al honor de comer dentro!...

—Hombre—me dijo don Lesmes—bien podía usted ayudarme á deshacer estos cajones y á podar las acacias; porque le advierto á usted que yo siempre estoy haciendo algo.

—Deshaciendo, querrá usted decir.

Así se le abriría á usted el apetito considerablemente.

—¿Abrirseme? ¡Pues no hace poco tiempo que se verificó la apertura!

En chanzas ó en veras le ayudé á todo lo que quiso, incluso á sembrar unos pensamientos alrededor del pozo. Por cierto que la simiente no era mala; pero yo desconfío del resultado de la operación, porque es imposible que don Lesmes tenga nunca buenos pensamientos.

La comida se verificó en tinieblas. Se conoce que los señores de la casa se dijeron: «Comiendo á oscuras, no se entera el huésped de lo que come.» Pero tal era mi apetito, que todo me supo á gloria. Eso sí, la falta de luz me obligó á pasar grandes trabajos.

Una vez me eché una cucharada de sopa por una oreja; otra vez, por coger una aceituna, cogí una verruga que tenía doña Marta en el entrecejo; y, por último, al ir á echar azúcar en el café, metí la cucharilla en la salsa de tomate, resultando tan extraña mezcla, que me río yo del aceite de hígado de bacalao.

Concluyó la comida y comenzó la siesta. ¡Qué bien me hubieran sentado tres horitas de sueño si un ejército de pulgas no se hubiera puesto á hacer maniobras militares en mi cutis!

Llegó la tarde.

—Marta, ¿dónde llevamos á Juanito para que se distraiga?—Preguntó don Lesmes á su esposa.

—A las viñas del tío Trompicones; pero antes pasaremos por casa del médico, que se alegrará muchísimo de conocer á Juanito.

—Corriente—dije yo, con verdadera resignación cristiana.—Vamos á donde ustedes quieran.

Quince minutos después penetrábamos en casa del doctor Pancete, dispuestos á producir un efecto asombroso. Pero ¡ay! la más espantosa de las peleas domésticas verificábase allí en aquel momento, y ni Pancete, ni la doctora, ni miembro alguno de su numerosa cuanto revuelta familia, pararon mientes en mi egregia persona.

Pancete acababa de romper una bandurria en la cabeza de su suegra; una de las cuñadas le había metido el paraguas al doctor por la boca del estómago; las sillas volaban, los gritos aturdían, y los golpes menudeaban de un modo terrible.

—¿Es esta la paz de la aldea, tan decantada por los poetas?—pregunté yo.

—Lo que es preciso, amigo Juan—me dijo doña Marta—es que pongamos en orden á esta familia antes de emprender nuestro paseo campestre. Usted, que es tan chirigotero, dígame cuatro cosas á cada uno y es asunto concluido.

No había acabado doña Marta de decir tamaña majadería, cuando un tintero de bronce, convertido en proyectil, halló por equivocación en mi cabeza el término de su viaje aéreo.

La broma me pareció un tanto pesada, y el tintero más pesado aún que la broma.

Con el traje berrendo en negro á causa de la tinta derramada, sali de aquella casa precipitadamente y regresé á la de don Lesmes acompañado por éste y su señora.

Poco minutos después la suegra del médico, magullada y convulsa buscó refugio en casa de mis amigos.

—¡Cuántas gracias tenemos que dar á Dios porque está usted aquí!—exclamaba doña Marta cogiéndeme una mano entre las suyas, que parecían dos platos soperos.—¡Ni buscada con candil hubiéramos encontrado una persona tan á propósito como usted para consolar y atender á nuestra pobre amiga durante la noche!

—Señora—repliqué yo—se acerca la hora de mi regreso á la ciudad y no puedo complacer á usted.

—¿Y por qué no deja usted la vuelta para mañana? Mire usted que si mi Lesmes se queda solo con la enferma, no voy á pegar los ojos.

—¿Por qué, señora?

—Porque conozco á mi marido, y los celos me ahogan.

Poco me faltó para romper algo á doña Marta. En suma: yo soy muy débil; accedí á quedarme, y era cosa de ver cómo me multiplicaba sirviendo tazas de tilo á la suegra de Pancete, prodigándola frases de cariño improvisado y dándole friegas con un cepillo de carpintero, hasta que rompió á sudar y á referirme unos amores que tuvo en tiempos de Fernando VII.

¡Qué día de campo me había proporcionado el buen don Lesmes.

A las seis de la mañana siguiente huía yo de Valdetabarra, después de haber manifestado á los señores de Trapatista lo muy complacido que quedaba de su hospitalidad; y á las doce me encontraba ya de regreso en el pueblo sufriendo el rapapolvo de mi jefe, las calabazas de la Chalequera y los horrores de un cólico producido por la mezcla del café con el tomate.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



Los señores Vaeza Ocampo y Massue, ingeniero y arquitecto respectivamente, nos han obsequiado con un folleto conteniendo varias reproducciones

fototípicas de 'os planos del palacio del Congreso Argentino, por ellos presentados, obsequio que agradecemos.

Los planos son preciosos y el edificio resultaría, á seguirse estos, monumental y hermosísimo.

Tanto, que si fueran hechos ó hecho para sede de nuestros legisladores, diríamos que no se lo merecen.

Porque para estos con un tejado basta y sobra.

¡Pues poco han machacado los diarios con la representación del arte uruguayo, sostenida en la Exposición pictórica de Buenos Aires por Manolo Larravide y don Héctor Escardó!

Lo de Manolo sea, porque es criollo como artista y como individuo, aunque rubio y Larravide.

¡Pero lo de Escardó!

¡Este que ni es oriental ni como individuo ni como artista!

De fijo nunca habrán visto en la porteña ciudad un uruguayo más catalán.

Porque si lo quieren más, habría que encargarlo directamente á Barcelona.

¡Pero que cosas se dicen por acá!

Se han publicado los decretos ordenando la elección de once tenientes alcaldes.

¡Once, y en un mismo día

á todos se elejirá!

Pienso yo como estará

temblando la Ortografía!

El Jefe del batallón de Artillería de Plaza ha comunicado al Estado Mayor la baja del soldado Agustín Seco.

—Eso ocurre,—haciéndose eco

de la terca oposición

me decía Antonio Beco—(1)

meten á uno al batallón

y lo sueltan solo Seco.

Dice «El Siglo»: «El señor Idiarte Borda visitó ayer las oficinas de la Comaría de Investigaciones mostrándose sumamente satisfecho del orden que allí reina.»

Es muy justo. Pero el asesino de Butler no se ha descubierto todavía.

El señor Federico de Medina es el suplente del diputado don Manuel Anacleto Silva, recientemente fallecido.

Y aceptará la diputación, el señor de Medina, á lo que dicen.

Entonces del caso fuera

pensar, pues no se adivina:

—¿Será siempre de Medina

ó pasará á ser de Herrera?

Conste, á pedido de nuestro cronista sportivo que los pronósticos publicados en el número anterior permanecen sin variación para los que quieran aplicarlos á las carreras de hoy.



¡Duelistas!.....

«El duelo según mi entender y el de las personas decentes no es un acto que se deba tomar en broma, ¡Que ha de ser!»

«Para no ir al terreno como lo hacen los hombres que se precian de valientes, se queda uno en su casa y que luego diga el mundo lo que se le antoje!»

«Si yo mañana, pongo por caso, tuviera que barmirme elejiría la pistola, porque es mucho más de-

cento eso de pegarse un balazo que andar á cuchilladas estropeándose el físico»

Y las condiciones ineludibles serían estas: distancia ocho ó diez pasos apuntarse á la voz de fuego! disparar (las pistolas se entiende) al mismo tiempo y así continuar hasta quedar imposibilitado para la continuación del lance uno de los contendientes.»

Esto decía lánguidamente con su vocesita atiplada, Alfredo Gemelos Yenta, jóven conocido en la *haute fionne*, por su aspecto afeminado, por sus *calaveradas*, por su pasión descomedida hacia el té con leche.

Su figura desmentía la resolución de sus dichos.

Sus ojos, apesar del cosmético que tenían sus cejas y pestañas, hacían esfuerzos indescriptibles para adquirir una sombría y terrible mirada, pero no lograban salir de la continua expresión de mansedumbre propia del cordero en su últimos instantes.

Su hermoso perfil semejante al del seráfico Benjamin, era incapaz de hacer un mal jesto y sus movimientos de damisela resfriada no podían expresar la energía que él deseaba.

Allí, en su *appartement meuble*, perezosamente tendido en un sofá, exponía sus teorías acerca del duelo á unos cuantos amigos que le rodeaban.

El nunca había tenido duelos (y decía la verdad), pero no le faltaría la ocasión ¡que había de faltarle! ¡estaba segurísimo! nada menos que á un digno representante de la ilustre familia de los Gemelos Yunta, que andaba metido en cada aventura galante capaz de levantar todos los pelos del universo, y ya sintióse con cosquillitas en los talones (sic) por verse en el terreno frente de cualquier arma.... «Brios y resolución no me faltan, decía, y cuando llegue el momento.... (Infinidad de puntos suspensivos).

Sus amigos, abotagados por el calor que dominaba aquel día, yacían en actitudes indolentes, escuchándole, sin darse la molestia de contrariarle. ¿Para qué? Alla se las vería él cuando llegara el caso.

De todos modos, ellos nunca tendrían duelos. ¡Mire usted que hacerse mala sangre por unas cuantas palabras mal sonantes!

«¿Que exige usted una retractacion? Pues me retrataré si usted quiere» «¿Que me obliga usted á darle una esplicación? Si señor, pero nada de probabilidades de lastimaduras.»

Alfredo se vistió sin ningun reparo delante de sus amigos, se puso un pantalón lo más *pslut*, regalo de Fulano, un par de *charoles* lo más *derniere*, obsequio de Tales, corbata lo más *bombonée* solicitada como préstamo á Menganes y nunca más devuelta... *por olvido*, americana indirectamente y por descuido apuntada en la cuenta de Zutanes, guantes color lila de los que formaban la caja de una amiga, sombrero lo más ridiculo posible (este no era regalado de nadie pero si *deslizado* en un baile) era un verdadero *joutre* como llaman los chilenos á esta clase de celenterados, vulgo esponjas. Salieron.

Alfredo tenía penas y no creáis que eran debidas porque no había podido *ligar* el séptimo té de la tarde en lo de Insbruck. ¡No señores! Figuraos, según él contaba á sus amigos «tenía un *palpite* que era una cosa *papa*» (cerrando el puño y encogiéndose rápidamente el brazo á la altura de la nariz).

«¡Qué mujer! ¡Bagatela!» (Este era el único juramento con que se permitía adornar su espiritual conversación) decía relampagueando plácidamente los ojos, y *esa*, según le habían dicho, tenía *relaciones* íntimas con un cierto *tal* á quien no conocía, pero de quien tenía unas *mentas*!

Un fulano de agallas ¡bagatela! que si lo llegaba á pillar era tan terrible, como decía ella, que era capaz de hacer una barbaridad.

—Pero ¿se rien ustedes? Sin duda creerán que él, Alfredo Gemelos le tenía miedo ó cuando menos alguna prevencion. ¡No, no! no tal! Y el el escándalo donde lo dejan ustedes, y su buen nombre en la sociedad que tan dignamente frecuentaba... ¡No era cosa de jugar con *eso*!...

—¿Pero en que calle *vive*? preguntóle alevosamente y con toda curiosidad, Tatito Martos, el más indiscreto de sus amigos y que siempre andaba á la pesca de todo.

Era él, á quien se le preguntaba la última novedad en Lóndres ó Paris, él conocía qué corbata se había puesto fulano, qué traje el de más allá, que vestido la de Iparraguetti, y era él que! infame! quien descubría los regalos que recibía Alfredo.

—Pues no faltaba más ¡Bagatela! que yo les diga donde *vive* para después *patiarne* el nido, contestó sacando una hermosa tabaquera *pechada* á no sé quién, y liando un cigarrillo alejóse moviendo á compás los más artísticamente su cuerpo cimbreador.

Totito Martos no era muchacho de quedarse á oscuras; así no más armó una que iba á ser sonada

—A seguirlo, pichones.

«Con que el pillín me las pegaba lo más callandito ¿no? claro! Calle Sirios 90, ahí habita mi

(1) Parece ripio. Pero no lo es.

novia... ya le daré palpites y dragoneos á ese canalla con su figurita de sietemesino—esto decía Pedro Liwis salido de sus casillas, luego de haberle contado Totito Martos y los demás la pillada del día anterior.

Por lo demás, era un buen amigo Pedrito. Hijo de ingleses, forzosamente tenía que ser rubio y delgado; aspecto generalmente distraído quizá por los digustos que siempre tenía con su padre, ó por las inmensas cantidades de cognacs y wiskis que tenía la santa resignación de engullirse; aprehensivo, tenía la idea empotrada en el cerebro de que padecía del estómago lo que no le privaba el pegarse cada atracón!...; era de carácter pacífico, pero cuando montaba el chino...

Ya algo más apaciguado continuó:
—Sí! me batiré con ese farsante en las condiciones que el siempre dice; casualmente hoy ando con ganas de reventar á alguno. (Siempre le venían estos deseos después que había tenido algún solo con una de cognac.) Totito y otro fueron nombrados sus representantes y no tardaron en volver luego que hubieron desempeñado su cometido.

—Vamos Totito ¿qué dijo ese pedante?—preguntó-les Liwis apenas los diviso.

—Escucha—contestó Totito;—después de haber entrado en su casa le expusimos las razones del caso y que tu querías un duelo con él de cualquier modo, que dado su carácter no lo rehusaría pues no esperabas explicaciones ni nada, y que nombrase sus padrinos para arreglar las condiciones del lance.

Palideció intensamente, se excusó, y por último nos dijo con voz temblorosa que él nunca se batiría, que si alguna vez había dicho lo contrario fué por pura broma que jamás se pondría en el triste caso

de verse en la imprescindible necesidad de pegar una estocada ó un tiro á un amigo, por una mujer infiel; que si el era buen mozo y las novias de los amigos le hacían caso ¿qué iba á hacer? y concluyó despidiendonos amigablemente.

Pedro Liwis reflexionó y al cabo de un rato dijo:

—Pero yo no quedo entre mis amigos como un misto; hay que buscar una solución á este problema. Y echáronse á pensar profundamente.

Totito Martos que era de fácil inventiva poco despues tuvo una ocurrencia.

Viósele hablar en secreto á Pedro Liwis, el cual tras breve discusión accedió con la cabeza.



Por fin el duelo quedó concertado. ¿Qué talisman había empleado Totito Martos para colocar á Alfredo Gemelos Yunta en la imprescindible necesidad de pegar una estocada ó un tiro á un amigo? Había para decir muchas veces ¡bagatela! ¡bagatela!

Los pajes de la aurora abrían las puertas del día al sol naciente (que diría un revistero cursi de los que se estilan hoy día) los pajarillos comenzaban á entonar sus endechas más dulces, la brisa entre el ramaje gemía delicadamente, cuando vióse en lo más intrincado de la selva, dos hombres correctamente vestidos con luengos levitones, uno frente de otro (¿10 pasos?) y no muy lejos de ellos otros dos respectivamente.

También pudo notarse, apesar de la semi-penumbra de la mañana, que en la mano de ambos brillaban dos armas de bruñido acero.

De repente, el sol naciente detuvo su carrera, la brisa no gimió más, los pajarillos enmudecieron

¡caso grave! se oyeron en la selva dos palmadas y á la voz de ¡fuego! dos detonaciones, un quejido y el rumor de un hombre que cae.

Eran Alfredo Gemelos y Pedro Liwis que se batían.

El honor quedaba lavado Alfredo recibía de manos de Pedro Liwis un feroz taponazo en el ojo izquierdo (el lado del corazón y digo taponazo porque el duelo tuvo lugar con pistolas; solamente que gracias á la feliz inventiva de Totito Martos para no ofender mucho el físico de los contendientes, no se habían cargado con balas de acero ó de plomo, sino que fueron requeridos los productos del Alcornoque (vulgo taponos).

Al otro día uno de los diarios mejor informados de la capital publicaba lo siguiente:

«Un duelo» Por cuestiones amorosas los conocidos jóvenes Don Pedro Liwis y Don Alfredo Gemelos Yunta se batieron esta mañana en una quinta de los alrededores.»

«El lance fué con pistolas de arzón y al 2.º disparó quedó levemente herido (y el duelo fué con pistolas de arzón) en un ojo el jóven Gemelos.

Los contrarios se reconciliaron sobre el terreno llamando la atención el valor y serenidad de ámbos.»

El infame reporter que había dado esta tan verdadera noticia había sido el mismo Alfredo Gemelos Yunta en el diario que aguantaba sus crónicas.

OTTO MIGUEL CIONE.



EL TORO
MANUFACTURA
DE
TABACOS A VAPOR
Y
FABRICA DE CIGARRILLOS
DE
SALGUEIRO HE

URUGUAY 288
292

HOTEL CENTRAL
Gregorio y Pola y 6



CALLE
25 DE MAYO
241 y 247

Bolica Central
HOMEO PÁTICA



18 DE JULIO 9'53

ALFA
Bamba



CASA ESPECIAL EN CAFÉ
CALLE COLONIA 2, 4, 6, 8

Dá el «Polo Bamba» un café de clase tan superior que beber no logra usted en el mundo otro mejor.

STUDIO DOCE
FOTOGRAFICO



Calle Sarandí, 359

Retratos modernos de busto á la romana.

A Doce, es ya cosa vista nadie á retratar le gana y, como es todo un artista, no hay niña que se resista á vestirse de romana.

FOTOGRAFIA INGLESA
DE J. FITZPATRICK



Fotografía de moda por la high life preferida donde retrata toda la gente más distinguida.


EL ANTICUARIO



Calle 18 de Julio
184

Vende, compra y revende «El Anticuario» libros viejos, vulgares, nuevos, raros, y, por más que parezca extraordinario los paga bien y no los vende caros.

ESTUDIO FOTOGRAFICO



DE
CHUTE & BROOKS
Calle 25 de Mayo 300
MONTEVIDEO
Calle Florida 74
BUENOS AIRES

FALLIGARIS
Estudio fotografico



Hace esta fotografía retratos tan excelentes que á ella acuden á porfía las más distinguidas gentes.